Librínsula: La isla de los libros, núm. 37, 2004, pp. 1-2.

¿Peones o reyes? Algunos pensamientos en torno al rol del bibliotecario en el tablero de la 'Sociedad de la Información'.

Civallero, Edgardo.

Cita: Civallero, Edgardo (2004). ¿Peones o reyes? Algunos pensamientos en torno al rol del bibliotecario en el tablero de la 'Sociedad de la Información'. *Librínsula: La isla de los libros,* (37) 1-2.

Dirección estable: **http://www.aacademica.org/edgardo.civallero/81**

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. *Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: http://www.aacademica.org.*

¿Peones o reyes?

Algunos pensamientos en torno al rol del bibliotecario en el tablero de la "Sociedad de la Información"

Lic. Edgardo Civallero
Universidad Nacional de Córdoba
Argentina

Hace pocos días, en una clase del Seminario "Nuevas corrientes de pensamiento bibliotecológico" que dicto en la Escuela de Bibliotecología de la Universidad Nacional de Córdoba, ocurrió un fenómeno curioso, y, a la vez, profundamente preocupante. Al instar a mis alumnas a que enumeraran los factores que consideraban importantes o influyentes a la hora de seleccionar la colección o de plantear servicios, aparecieron en la lista términos como "marco institucional", "políticas institucionales", "presupuesto", "currícula académica", "desideratas y bibliografías proporcionadas por los docentes" y algunos más.

Al finalizar el ejercicio, las hice percatarse de dos términos ausentes en la lista, y, sin embargo, importantísimos en nuestra profesión: "necesidades de los usuarios" y "vocación de servicio".

Recuerdo que, durante mis primeros pasos en esta, mi amada disciplina, aprendí que la biblioteca se ocupaba de gestionar información (es decir, seleccionarla, adquirirla, organizarla y difundirla) con el fin de brindar un servicio a un usuario cuyas necesidades debían ser satisfechas. La práctica de la profesión me ha mostrado que, a pesar de tales bienintencionadas definiciones teóricas, la realidad es totalmente distinta.

Las bibliotecas, los bibliotecarios y la bibliotecología han perdido la vocación de servicio. El destino final de nuestro trabajo se ha desdibujado: el usuario ha pasado a ser un número más de nuestras estadísticas y nuestros cuantitativizados instrumentos de recolección de datos. La biblioteca ha dejado de mirar a su entorno, a su comunidad, y se ha vuelto hacia dentro, a contemplarse a sí misma, en un narcicismo compulsivo que la impulsa a apreciar sus modernos equipos tecnológicos, sus imbatibles sistemas de comunicación y sus bien cuidadas colecciones. Solo unos pocos tienen acceso a estos reservorios, sancta sanctorum de la información. De hecho, la propia definición de "centro de documentación", con su target hiper-especializado, deja de lado a un enorme rango de población que podría disfrutar de sus beneficios.

Los usuarios –o, al menos, la mayor parte de ellos- han sido olvidados, dejados de lado en pos de una carrera tecnológica de meta desconocida. Los avances en informática y telecomunicaciones –muy bien vendidos, por cierto, merced a campañas de marketing planeadas por especialistas en el manejo de mentes- han deslumbrado por completo a miles de colegas, que han abrazado –sin dudarlo apenas- el credo y la cruzada de la informatización y la automatización sin realizar previamente ni siquiera un mínimo análisis crítico, el cual los hubiera llevado a darse cuenta de que tanta tecnología resulta, a la larga, un arma de doble filo: profundiza la exclusión y la histórica desigualdad de acceso al saber, alimenta multinacionales del Primer Mundo que se basan en monopolios y trabajo esclavo para su desarrollo, y, sobre todo, permite y fomenta el comercio con el saber humano, un bien común que debería ser de acceso libre.

Pues la información –ese bien de consumo tan valorado que mueve los engranajes de la post-moderna "Sociedad del Conocimiento"- es herencia y producto cultural humano, perteneciente a toda la especie, y debería ser de libre disfrute. Mediante su empleo equilibrado, igualitario y solidario, los grupos humanos pueden elegir, y tal elección puede permitirles bienestar, desarrollo, educación, pensamiento independiente y opinión

crítica. Algo peligroso para los sistemas hegemónicos, que verían peligrar su poder y su influencia.

Los bibliotecarios nos hemos vuelto cómodos peones del sistema vencedor. Muchos de los nuestros ocupan, incluso, puestos privilegiados dentro de la gran estructura dominante, gozando de prerrogativas y beneficios enormes, generalmente económicos. Pero, con esta actitud pasiva -que se intenta explicar argumentando que actuamos así porque somos objetivos, apolíticos y neutrales- avalamos políticas de censura, discriminación, exclusión y presión.

Planteado este somero análisis de la situación mundial de la bibliotecología, me viene a la memoria una frase de una canción vieja... "¿Quién dijo que todo está perdido?"... Y, en cierta forma, me queda la esperanza de que, reconociendo el problema, comenzaremos a despertar, a buscar caminos alternativos, a fundamentar opiniones propias e independientes.

Comenzaremos, quizás, a tener en cuenta lo que somos, nuestra identidad profesional y nuestra historia. Recordaremos nuestra razón de ser, enfocada al servicio, e intentaremos, de alguna forma, escapar a las fauces del gran Leviatán y buscar salidas imaginativas, salidas que no dependan exclusivamente de los recursos tecnológicos o de los avances tecnológicos.

El planteamiento suena utópico, ciertamente. Sin embargo, cientos de colegas lo intentan día a día. Confío en que este pequeño artículo haga despertar a algunos colegas más y los sume a los numerosos movimientos que buscan la posibilidad de un desarrollo conjunto de la humanidad, basado en formación y en información. Las bases de esta bellísima –pero tan maltratada- profesión nuestra.